

XIV

La recién llegada vestía un largo y rico traje de seda oscura, que estaba hecho con la mayor sencillez, pero que aun así era espléndido por el valor de la tela y la regia abundancia con que se había empleado.

Un rico chal de merino negro y un sombrerito de encajes, negro también y adornado con una rama de geranios encarnados, completaban su traje de mañana.

El sombrero tenía un velo que llevaba levantado, pero que caía algún tanto sobre la frente, resguardando el rostro de una manera tan descuidada, al parecer, como en realidad estudiada y graciosa.

La recién llegada tendió por el taller una mirada ansiosa, descubrió á Teresa y corrió hacia ella con los brazos abiertos.

La joven la reconoció y se precipitó en ellos con un grito de alegría.

Pasado este primer instante, Lucía—pues ella era la joven que acababa de llegar—se volvió al ama de la casa, y le dijo:

—Señora, suplico á usted que me lleve á una

habitación donde pueda estar á solas con mi hermana.

—Por aquí, por aquí, mis queridas señoritas—dijo la maestra presurosa.—Subirán ustedes á mi sala, en la cual podrán hablar cuanto quieran sin que nadie las moleste.

Y la florista, dichas estas palabras, hizo una señal á Lucía y á Teresa para que la siguieran, desapareciendo por una puerta que había en el fondo de la tienda y que conducía á las habitaciones superiores.

Así que llegaron á la sala indicada y se hallaron solas, Lucía volvió á abrazar á su hermana.

—¡Ya sé que no tenemos madre!—murmuró dejando escapar una lágrima.—¡Dios me perdone el haberla abandonado en el triste estado en que se hallaba! Teresa, cuando pienso en eso, casi tengo miedo de mi felicidad. Tú recibirás tarde ó temprano las bendiciones del cielo; pero espere-mos lo que la suerte nos destine, y hablemos de otra cosa: yo voy á hacer una alianza brillante y quiero que te vengas á mi lado.

—Imposible—respondió Teresa:—mi bienhechor, el bienhechor de nuestro padre, me lo ha prohibido.

—¿Don Benigno?

—Sí, Lucía. El dice, y yo le creo, que nuestros caminos en este mundo son muy distintos: yo pediré al cielo que te dé mucha felicidad en el tuyo; pero le obedeceré siguiendo el mío. Cuando

nuestro padre vuelva de Roma, á donde se va dentro de dos días, no me separaré de él, como lo he hecho hasta ahora.

Lucía inclinó la cabeza, y respondió después de algunos instantes de silencio:

—Tiene razón. Nuestros caminos son muy diferentes: sigue el tuyo, y si alguna vez necesitas de mí, no dudes que me encontrarás. Ahora, hermana mía, ¿quieres acompañarme á ver á nuestro padre? Esta noche debo recibir la bendición nupcial, y no quiero que caiga sobre mi frente sin tener antes la suya: ¡por culpable que sea, es nuestro padre!

—Vamos—dijo Teresa.—Voy á pedir licencia á la maestra y te acompañaré: tu vista será un bálsamo para su dolencia. ¡Si pudiera ver también á Antonio!

—¿Quién sabe dónde está?—exclamó colérica Lucía.—¡Oh, si se hubiera decidido á dedicarse, como tú, á una vida de trabajo y de honradez! Pero él se lanzó en el camino de la ociosidad y de la perdición, que me empujó á mí para que le siguiese. No puedo explicarte cuánto sufrí en su compañía, cuántos días estuve sin comer, cuántas noches sin dormir esperándole. Mi fortaleza se agotó, y acepté el amor del Conde sin saber que lo fuese. Gracias á don Benigno, todo ha tenido el resultado más feliz. ¡Bendito sea, y bendito sea Dios que nos le ha enviado!

Teresa salió para pedir á la maestra el permi-

so, que le fué concedido en seguida, para acompañar á su hermana.

Las dos hermanas subieron al coche, y las oficiales del taller no pudieron menos de admirarse y de comentar la tristeza que se leía en el rostro de la hermana menor.

XV

En un cuarto modesto, situado en el piso segundo de una casa de huéspedes, se hallaba un hombre encorvado, más que por el peso de los años, por el de amargas penas, según lo daba á entender la tristeza de sus ojos.

Estaba vestido de paño negro, como un artesano, es decir, con pantalón, chaqueta y calzado grueso, y sentado en un sillón de vaqueta.

Era Juan Pedro.

No sabiendo leer ni escribir, no podía entretenerse en nada, y los sombríos pensamientos que asaltaban su espíritu no podían ser interrumpidos por ninguna ocupación.

Su indisposición, además, le sujetaba en aquel sitio, y se hubiera entregado á la desesperación en su soledad, si la soberana misericordia de Dios, penetrando en su alma, no hubiera vertido en ella raudales de claridad y de esperanza.

Juan Pedro rezaba, y la oración es el supremo alimento de las almas arrepentidas.

Esperaba también ver á don Benigno, con quien comía todos los días y hablaba durante dos ó tres horas, porque el gran señor, el sacerdote

irreprochable, el ministro del altar, no se desdeñaba de acompañar al asesino y ladrón de la hacienda ajena.

¡Oh maravilloso poder de la caridad cristiana!

¡Aquella mano que cada día elevaba á Dios en el altar; aquella mano aristocrática, perfumada y blanca, servía al miserable criminal á quien había sacado de los abismos de la culpa!

Sin embargo, la salud de Juan Pedro era muy mala, y decaía cada vez más.

El peso de su falta le oprimía.

Sentado en un sillón de vaqueta, había visto pasar todos sus recuerdos uno á uno, ya lúgubres, ya hermosos y rientes.

A la vista de su hija mayor, á la que conducía Teresa, hizo un esfuerzo supremo, y levantándose del sillón corrió á recibirla.

—Hija mía—le dijo,—te perdono por haberme abandonado, y tu madre te perdonó también antes de morir; tu madre, que hace ya un año ha fallecido, pero cuyo luto llevaré mientras viva. Ahora bien: yo no puedo darte más que un solo consejo; pero éste te le doy con toda mi autoridad: no te separes de la senda del bien, por muchas que sean las penas que encuentres en ella y muchos los halagos que te ofrezca la del mal: ¡sólo hay en el mundo una dicha positiva, única, inmutable! ¡La tranquilidad de la conciencia! Ya no tenéis padre, porque voy á partir para una tierra muy lejana: voy á Roma, donde estaré reclu-

so en un convento hasta la Semana Santa, que es cuando el gran penitenciario absuelve á los grandes criminales como yo, y después de mi absolución, la penitencia será proporcionada á la culpa, y tal vez ya no podré veros nunca; pero pensad en el triste ejemplo que os he dado y procurad que no sea perdido. Mi extravío ha causado la ruína de todos vosotros: la mujer que se apoderó de mi ánimo, se avino mal con mi honrada pobreza y me condujo al asesinato y al robo; luego os fuísteis todos vosotros como ovejas descarriadas, y si habéis podido salvaros, ha sido únicamente por la misericordia de Dios y la de su digno y santo ministro.

Lucía lloró desconsoladamente, al parecer; pero se despidió de su padre para volver á su casa, á fin de activar todos los preparativos de su boda.

La despedida fué hasta la otra vida.

La débil Lucía no comprendía que, aun sujeto á la más dura y áspera penitencia, podía dejar de ver á su padre.

Los tupidos velos de la vanidad se hallaban corridos ante sus ojos.

La hija de Juan Pedro pensaba en su boda, en su dicha futura; todo lo demás era para ella de menos importancia y cosa secundaria.

Dos días después, don Benigno y Juan Pedro partieron para la ciudad santa.

Teresa quedó en casa de la florista.

El casamiento de su hermana tuvo lugar de una manera muy triste y silenciosa.

La madre del novio rehusó asistir á él.

A las instancias de don Benigno, que dió la bendición nupcial á los desposados para que su prima no dejase de concurrir, respondió ésta:

—Cuando ya sea esa mujer la esposa de mi hijo, procuraré que mi fortaleza me consienta tratarla por cumplir con la política: hasta que llegue este caso, no quiero verla.

Lucía, herida en su amor propio, rehusó ir á ver á la madre de su esposo después de la ceremonia, y el mismo Conde dijo que no había para qué darse prisa en hacerlo.

Teresa fué la que presenció el casamiento desde un rincón del oratorio, y derramó muchas lágrimas acordándose de Tiburcio.

¿Qué sería de él?

¿Habría cumplido la amenaza que le había hecho de casarse con María, la hija del herrero?

En medio de aquella pompa y de aquella grandeza, que, á pesar del silencio con que se llevaba á efecto, rodeaba el casamiento de su hermana, el corazón de Teresa volaba á su aldea, á su humilde iglesia, á la fuente donde cada tarde veía á Tiburcio, á la misa que él ayudaba y que ella oía con tanto fervor.

¡Pobre Teresa!

Después de la ceremonia, los recién casados salieron del oratorio del palacio de Revilla para

ir á la bella casa de Lucía, que era la que debían habitar.

El padre de la novia no asistió tampoco al casamiento: un voto solemne le separaba del mundo y de todas sus alegrías hasta después de expiado su crimen.

En vano la nueva Condesa trató de persuadir á su hermanita para que se quedase con ella. Teresa se obstinó en volver al lado de su padre, y lo verificó acompañada de un criado, pues era ya muy tarde.

Dos días después, partía Juan Pedro con don Benigno.

—Padre mío—dijo Teresa en el momento de marchar,—cuando usted vuelva, búsqume en la casa donde me deja: allí estaré, y sea la que quiera la suerte de usted, si me necesita, yo participaré de ella y no le abandonaré jamás.

Después de la partida de su padre, Teresa se instaló, en efecto, en casa de su maestra, y se puso á trabajar asiduamente, llegando á ganar al cabo de dos meses un jornal muy regular, gracias á su habilidad y perseverancia en el gracioso arte á que se había dedicado.

Teresa armaba con una rara perfección las flores del campo.

La margarita, la violeta, el no-me-olvides, tenían en ella una tan fiel como graciosa imitadora.

En uno de los primeros instantes de descanso

que tuvo, escribió á la madre de Tiburcio una tierna carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Mi buena é inolvidable señora Andrea: Ahora es cuando conozco lo bueno que es para mí el haber aprendido á leer y á escribir con Tiburcio, y lo mucho que se lo debo agradecer. A no ser por él, no podría ahora dar á usted noticias mías.

»Mi padre se fué, y no espero que venga en algunos meses, pues el señor cura va á pasar la Semana Santa en Roma y quiere que le acompañe.

»Mi hermana se ha casado con el Conde de Revilla, y es una de las grandes señoras de Madrid más bellas y envidiadas.

»De mi hermano no sé nada, y Lucía ha dejado también de verle. Quizá haya marchado á América con el objeto de probar fortuna.

»Si es así, Dios bendiga sus esfuerzos; y si no, ¡ojalá que no le abandone su misericordia!

»En cuanto á mí, señora Andrea, he aprendido un oficio, y lo he aprendido bien para que, en caso de necesidad, me sirva de recurso, es decir, en adelante, pues ahora ya me está sirviendo. Gano ocho reales diarios: doy cuatro por mi hospedaje á la maestra, que me tiene en su casa como si fuera su hija, y los otros cuatro los voy guardando. No es mucho; pero como nada gasto, al fin del año harán mis ahorros una suma regular.

»Mi oficio es muy bonito y entretenido. Soy florista, y las flores que hago con más gusto y

mejor son las que ahí se hallan en medio de los campos: las que me cogía Tiburcio para hacerme con ellas lindos ramilletes.

»¡Ay, mi querida señora Andrea! ¡Esos ramilletes eran la única felicidad que yo tenía cuando vivía tan triste y tan desgraciada!

»Ahora no estoy alegre tampoco, señora Andrea: pienso en usted y en mi Tiburcio.

»¡Ahl Y á propósito de Tiburcio, ¿sigue aún en su idea de casarse con María la hija del herrero? Eso me dijo al venirme, porque se quedó enojado conmigo... Diga usted si tienen relaciones los dos, pues me alegraría de saberlo. Ya ve usted: los amigos de la niñez—y lo son los dos,—interesan siempre.

»Adiós, señora Andrea. Estoy en la calle de Hortaleza, tienda de flores, número 29, á donde si gusta escribirme, me dirigirá su carta. Yo, al recibirla, tendré una inmensa alegría.»

Seguía la firma, y luego, en posdata, las expresiones para todos los conocidos.

Pocos días después llegó la respuesta escrita en papel grueso y moreno y con letra clara y redonda por mano de Tiburcio, aunque á nombre de su madre.

El corazón de Teresa palpité al ver aquella carta.

La joven la abrió presurosa y leyó lo que sigue:

«Mi querida Teresita: Me alegraré que al reci-

bo de ésta te halles con la cabal salud que yo deseo para mí.

»Nosotros buenos, á Dios gracias, echándote mucho de menos, y también al señor cura.

»Sabrás cómo Tiburcio quedó muy sentido y muy triste con tu ausencia, y se resolvió á cortejar á María, la hija del herrero; pero no podía olvidarte y se iba quedando flaco. Al fin, como no es de despreciar, tanto ella como su familia le buscan y le hacen mil zalamerías, y al cabo no sé lo que sucederá. Hiciste demasiado por tu padre, que nunca hizo nada por tí, y muy poco por él, que tanto te quería.»

—¡Esta carta no la ha visto su madre!—exclamó Teresa llorando y dejando caer el papel sobre sus rodillas,—porque una madre no me diría que he hecho demasiado cumpliendo mis deberes de hija! ¡Ah! siempre he sido juzgada con dureza, y no es ahora cuando debía yo esperar justicia.

Teresa dejó correr sus lágrimas por algunos instantes; sin embargo, en su interior, una voz celestial le decía como un himno de consuelo:

—Has cumplido con tu deber, y para tí hay un premio en el cielo y una verdadera é inmutable justicia que todo lo resarce, que todo lo ve y lo premia. ¡Allí está la recompensa de tu valor!

XVI

Como un año después de estos sucesos, y en una noche en que la maestra florista se hallaba, acompañada de Teresa, terminando una obra importante, llamaron á la puerta de la calle.

Eran ya las doce.

Teresa, por un movimiento maquinal, quiso levantarse para ir á ver quién llamaba; pero la dueña del taller la detuvo y le dijo:

—Es muy tarde; yo abriré.

Y acercándose á la puerta, preguntó en alta voz:

—¿Quién llama?

—Gente de paz,—respondió una voz de hombre, evidentemente anciano, pues estaba muy cascada.

Teresa se estremeció al oír aquel acento, dejó su labor y se levantó.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el ama de la casa.

—¿No hay aquí una joven que se llama Teresa?

—¡Mi padre!—gritó ésta.—¡Abra usted, señora, abra usted por Dios!

La florista recorrió el cerrojo, y un anciano,